

## PREVIO (1567)



Juanelo Turriano se levantó con esfuerzo de la silla y acudió a abrir la puerta echando maldiciones por lo bajo. En un principio había decidido no hacer el menor caso, pues estaba plenamente concentrado en hallar la solución a uno de los múltiples problemas que habían surgido con las primeras pruebas de lo que él llamaba “aparato ascendedor”; básicamente, una plataforma colgada de polipastos que, con una sola orden, permitía subir a los pisos altos de las casas sin necesidad de utilizar las escaleras.

Sin embargo, el recién llegado aporreaba la puerta de tal manera que el inventor pensó que, o le dejaba el paso franco, o le arruinaría el trabajo de toda la tarde con su impertinencia.

—¡Voy! ¡Ya voy! ¿Quién es?

—¡Abrid de una vez, maldito canalla! —respondió una voz airada y falsa, que el dueño de la casa no reconoció.

Al abrir la puerta, la sorpresa fue grande.

—¡Qué veo! ¡Pero si es el joven arquitecto real, el preferido de Su Majestad! —exclamó Turriano derrochando su peculiar acento italiano, del que nunca se había desprendido pese a llevar la mayor parte de su vida en España.

Los dos hombres, maestro y discípulo, se abrazaron entre risas.

—¡Amigo Juanelo! ¡Cómo estáis!

—¡Pues, anda, que vos...! Pero pasad, pasad...

Juanelo hizo entrar a su amigo hasta el salón de la casa, situada en el Zocodover toledano, presidida por una gran mesa de madera en la que se acumulaban papeles, diseños y maquetas de los infinitos proyectos que el inventor tenía siempre entre manos. El anfitrión ofreció asiento a su visitante en una de las dos butaquitas situadas en torno a una mesa baja y redonda, cerca de la ventana. Él ocupó la otra.

—¿Os apetece tomar un vino? Me han traído hace poco una tinajilla con un tinto de Valdepeñas sobre el que querría vuestra opinión.

—Ya sabéis que de vinos entiendo poco pero, vaya, venga ese tinto. No puedo despreciar la invitación de aquel a quien vengo a pedir ayuda y favor.

—Estupendo. ¡Doña Celeste! —gritó—. ¡Envíenos al salón al muchacho con dos vasos y una frasca de ese vino nuevo que nos llegó la pasada semana!

—¡Bien, señor! —contestó el ama de llaves que atendía al ya anciano inventor.

6 A los pocos minutos, hizo su entrada “el muchacho”, un autómeta de madera que Juanelo había construido hacía ya algunos años para su propio servicio, a semejanza de su famoso “hombre de palo”, que tanto estupor causaba cuando paseaba por las calles de la ciudad. Apareció con una bandeja en los brazos, que su constructor tomó y depositó sobre la mesa. El ingenio mecánico, cumplida su misión, giró sobre sus talones y se dirigió de nuevo a la cocina.

Pero ya antes de la aparición del muchacho de madera, se había iniciado la conversación entre los dos hombres. El carácter austero de Juan de Herrera le llevaba a no ser en absoluto amigo de perder el tiempo.

—Voy a dejar Toledo durante dos o tres meses —le confesó a Turriano.

—¿Cómo? —exclamó este, ciertamente alarmado—. ¿Vais

a abandonar Toledo? Toledo es nuestro refugio por decisión del rey don Felipe, pero fuera de sus muros cesa la protección real. Sabéis bien que la Inquisición os tiene ganas; podría intentar echaros el guante y eso pondría a la Corona en una difícil situación.

—Nada me disgustaría más que causarle incomodidad a mi señor, el rey, que tantas deferencias ha tenido conmigo durante todos estos años; pero en los últimos meses, por medio de diversas correspondencias, se ha ido concretando un encargo realmente fascinante por parte de don Hernando de Aragón.

—¿No es ese el arzobispo de Zaragoza?

—Arzobispo de Zaragoza y Virrey de Aragón. Y un hombre sabio, además de un gran mecenas que ha pagado de su propio peculio varias importantes obras en la catedral.

—Parece cliente de fiar.

—Como os digo, Juanelo, don Hernando me ha planteado un trabajo que me gustaría atender, pues me interesa sobremanera por motivos diversos. Y no creo que al hacerlo corriese gran peligro.

El inventor sonrió.

—Entiendo. Si es nada menos que un arzobispo quien se interesa por vuestros servicios, eso debería garantizaros una cierta inmunidad ante los desmanes del Santo Oficio.

—En efecto.

—Bien. ¿Y qué clase de ayuda necesitáis de este pobre viejo chiflado?

El arquitecto de El Escorial se removió en su butaca. Le dolían las caderas, las rodillas y las manos. Aquel era uno de aquellos malditos días en los que el dolor le dificultaba realizar los más sencillos movimientos. Por suerte, disponía de “acceso sin excomunión” a la biblioteca secreta del monasterio de San Lorenzo, donde se guardaban valiosos libros de

medicina árabe, entre ellos “*el Tesrif*”, de Ben-Abbas, donde hallaba remedios que aliviaban en parte sus misteriosos males reumáticos.

—Sois el mejor matemático que conozco, Juanelo —dijo—. Y, además, un hombre práctico, capaz de encontrar la solución real a problemas teóricamente irresolubles. También sois un mago de la hidráulica.

—Digamos que conozco los fundamentos de esa ciencia.

—No seáis tan modesto. Se dice que habéis instalado recientemente, en casa de un notable, en Pastrana, uno de esos divertidos juegos de burlas acuáticas.

Juanelo sonrió.

—Murmuraciones... El príncipe de Éboli es persona seria. No lo imagino divirtiendo a sus invitados con uno de esos frívolos ingenios tan de moda en Italia.

—Pero sí que estuvisteis en Pastrana recientemente.

—Solo para ajustar una vieja noria que sonaba como una chicharra.

El antiguo arcabucero, dibujante notable, matemático y, últimamente, arquitecto a las órdenes de Su Majestad sonrió como un soldado en día de paga.

—¿Entonces... la visteis? A la princesa, digo.

—Por supuesto. En realidad, acepté el trabajo solo para ello.

8

—¿Y cómo es?

El anciano bajó el tono de su voz.

—Amigo Juan... solo por verla ha merecido la pena el riesgo del viaje. Y si me vais a preguntar si realmente le falta un ojo, yo debo responderos que no lo sé, aunque sí es cierto que se toca con un parche.

—¿Un... parche? —repitió Herrera, fascinado.

—Una especie de apósito de seda, más negro que un Viernes de Dolores y con forma de rombo.

—¿Y aun así, es tan hermosa como dicen?

—Sin duda, una de las más bellas damas que yo haya visto en mi ya larga vida.

Turriano hizo una pausa deliberada que rompió él mismo instantes después.

—Pero seguro que no habéis venido para hablar de la princesa de Éboli. Mencionabais mis modestos conocimientos de la ciencia hidráulica.

—Exageráis en vuestra humildad, maestro —dijo Herrera, alejando de su mente la imagen idealizada de Ana de Mendoza, la dama cuya sola mención parecía oscurecer el brillo de toda la corte madrileña—. Nadie más que vos habría podido inventar un artilugio capaz de elevar las aguas del Tajo hasta el Alcázar.

Juanelo sonrió tristemente.

—Para lo que me ha servido... ¿Sabéis lo que conseguí con eso que todos llaman “el artificio de Juanelo”? ¡Nada! Nada más que arruinarme con su construcción. El ejército, como dueño del Alcázar, se aprovecha de él pero no quiere compartir el agua con la ciudad. El ayuntamiento no me pagó el trabajo ni los materiales, como habíamos acordado de palabra, puesto que no obtiene beneficio alguno de mi artilugio. Y los militares dicen que ellos ni encargaron el invento ni firmaron contrato alguno conmigo, así que tampoco han soltado ni un real. ¡Ya veis! ¡Siempre perdiendo!

—En esto de Zaragoza sí hay algún dinero que ganar. Y si vuestra ayuda, como sospecho, es determinante para lograr el empeño, podéis contar con una parte sustancial del precio acordado.

—¿De cuánto estamos hablando?

—Vuestra parte serían... tres mil ducados —contestó el arquitecto, bajando la voz para que la propuesta sonara firme.

Sabía que aquella suma era una cantidad de dinero tan elevada que el italiano bien podía no darle crédito y mandarlo a paseo. Pero cuando vio el destello en sus ojos, supo que iba a aceptar sin rechistar.

—Son buenas noticias para mí. Hablad, pues.

Herrera sacó entonces, de una carpeta de cartón que había traído consigo, un gran plano plegado en ocho dobleces, que extendió sobre la mesa, tras hacer sitio para ello, aunque cuidando de dejarlo todavía doblado por su mitad para excitar la curiosidad de Turriano.

—¿Recordáis quién construyó la catedral de Zaragoza, Juanelo?

El inventor chasqueó la lengua.

—¿Venís a mi casa a examinarme? Sabéis que no soy experto en arquitectura, como vos.

—No seáis picajoso. Era solo una manera de iniciar la conversación. La respuesta es que, curiosamente, La Seo de Zaragoza no la construyeron los cristianos sino los árabes. Al reconquistar la ciudad, hace unos quinientos años, los cristianos aprovecharon la imponente mezquita árabe y, con muy escasos cambios, la convirtieron en su catedral.

—Ahora lo recuerdo —reconoció Turriano—. Se dice que en tan solo un año de obras se hizo la transformación de templo musulmán a cristiano. Pocas cosas cambiarían en tan escaso tiempo.

10

—En efecto. Pues bien: resulta que, en el transcurso de esas obras, los hombres de Alfonso el Batallador descubrieron una fuente en un salón subterráneo de la mezquita. Pensaron que estaba seca hasta que se percataron de que no era así, sino que de ella manaba el agua de manera intermitente, tan solo en un puñado de ocasiones cada año. Se pasó entonces a creer que aquellos cortos períodos de actividad se debían al nivel variable del manantial que la alimentaba. O

que quizá tenía que ver con el caudal que presentaba en cada momento el cercano río Ebro. Pero, por fin, un almorávide converso explicó que aquella era una fuente sagrada, de la que fluía el agua coincidiendo justamente con los días de las grandes celebraciones del Islam.

—¡Seguro que el descubrimiento no gustó a los preladados de la Iglesia! —exclamó Juanelo, divertido.

—¡Desde luego que no! No podía permitirse que en las entrañas de un gran templo cristiano, una fuente rindiese culto a Alá y a Mahoma, manando en las grandes fiestas del calendario musulmán. Así que se tapió el acceso a aquel sótano y así ha permanecido durante los últimos cuatro siglos. Sin embargo, pese a todos los esfuerzos por evitarlo, la fuente no se ha olvidado y hace tiempo que se convirtió en leyenda.

—En efecto —corroboró el inventor—, he oído hablar de esa leyenda. La fuente mágica que, en Medina Albaida, construyeron los maestros árabes como alabanza a su dios.

—No hay nada peor que una leyenda, como sabéis. El actual arzobispo de Zaragoza, un hombre sin duda inteligente, decidió investigar ese asunto en lugar de quedarse cruzado de brazos. Mandó picar junto a la fuente para averiguar qué se escondía tras ese caño milagroso...

Juanelo se echó a reír.

—¡...Y encontraron una clepsidra! ¿No es eso?

—¡Así es! —admitió Herrera, admirado—. ¿Cómo lo sabíais?

—¡Pura deducción, amigo Juan! Una fuente intermitente, que solo funciona en días señalados. Ese tipo de artificios es más propio de los hombres que de Dios.

Sobre eso, tenía el inventor una cercana referencia. De cuando en cuando era invitado a tomar chocolate con papirote en “La Galiana”, la mansión de la extravagante duquesa

de Tábara. Allí, podía pasar horas observando el preciso funcionamiento de la clepsidra, el relojito de agua construido en cerámica por el legendario astrólogo Abul-Casen.

—En efecto —continuó el arquitecto—, la fuente no era milagrosa, sino que estaba dotada de un mecanismo. Un reloj movido por agua y de unas dimensiones realmente comunales. El arzobispo mandó levantar un plano de todo ello, lo que les llevó a sus arquitectos más de seis meses de trabajo. Me ha enviado copia y aquí la tenemos.

El arquitecto se levantó de la butaca, fue hacia la mesa y desplegó por completo el plano que había traído consigo. Juanelo Turriano lo examinó de un vistazo amplio. De pronto, se percató de un detalle realmente significativo.

—¡Un momento! ¿Las medidas están bien? ¿Realmente es esa la escala del plano?

—Lo es. He insistido y me asegura Su Eminencia que no hay error.

—Entonces es... enorme —constató Juanelo, sin ocultar su admiración, mientras imaginaba en su mente las dimensiones reales de la maquinaria, que ocuparía un espacio incluso mayor que el de la propia catedral, al extenderse bajo las bodegas de las casas adyacentes al templo—. Pero, vaya, es perfectamente lógico que así sea. Algunas de las celebraciones del calendario musulmán no son anuales, sino que están sujetas a los ciclos de la luna, por lo que su cálculo es muy complejo. ¡Qué barbaridad...! Aquí tenemos el mecanismo calculador... y, conectada a él, toda una red de aljibes y depósitos de diversa forma y tamaño... Resulta fascinante. Fijaos en el tamaño de esta cisterna. Es verdaderamente formidable. ¿Y cuándo decís que se construyó todo esto?

—No lo sé exactamente. Durante la dominación árabe. Pudo ser hace seiscientos años, setecientos, quizá más...

—Es increíble. Desde luego, nos guste o no, los árabes

eran unos genios formidables en la utilización del agua. ¿Y todo este artefacto se encuentra bajo La Seo de Zaragoza?

—Sí. Y ahora viene el encargo de Monseñor.

—Me lo estoy imaginando —dijo Juanelo, frotándose las manos.

—Quiere que modifique las características de la clepsidra para que la fuente... se convierta al cristianismo.

El italo-español estalló en carcajadas.

—¡Buena manera de expresarlo! Así que lo que desea el arzobispo es que el funcionamiento de la fuente se acomode a las festividades de nuestro calendario.

—Así es. Y, por supuesto, dicha modificación ha de llevarse en secreto.

—¡Naturalmente! Así podrá presumir de tener una fuente milagrosa en su catedral. Quizá, con ello, pretende convertir Zaragoza en un nuevo centro de peregrinación de la cristiandad. ¡Un nuevo Santiago de Compostela!

—¡Quién sabe! En su última carta, me indica sus preferencias, que es tanto como decir sus órdenes. Quiere doce minutos de agua todos los días a la hora del ángelus; doce horas el día del Corpus y en el Domingo de Ramos. Además, quiere que la fuente funcione las veinticuatro horas que van desde la Nochebuena a la medianoche del día de Navidad...

—¡Ajá! Está muy bien pensado.

—Y ahora, atento a lo más singular: Quiere que al atardecer del Viernes Santo, durante trece minutos, de nuestra fuente mane sangre.

—¡Soberbio! —exclamó Juanelo, aplaudiendo—. ¡La sangre de Cristo en el momento mismo de su muerte en la cruz! A eso se le llama tener sentido del espectáculo. ¿Sabéis? Me empieza a caer bien ese arzobispo amigo vuestro.

—De amigo, nada, que ni siquiera lo conozco.

—Pues yo ya estoy deseando hacerlo.

—Entonces, ¿creéis que sería posible hacer esa modificación?

—¡Estoy convencido de que sí! Habrá que realizar cálculos muy complejos, cambiar engranajes, sustituir conductos por otros de diferente calibre... Vaya, no será fácil, pero, si hay que hacer caso de este plano, los seguidores de Mahoma ya hicieron la parte más difícil del trabajo hace siete siglos. Si lo preparamos todo y mandamos fabricar las nuevas piezas con antelación, vuestra estancia en Zaragoza no debería ser muy larga.

—Entonces, le diré al arzobispo que acepto el encargo. ¿Me acompañaréis allí en persona, Juanelo?

—El viaje es largo para alguien de mi edad. ¡Pero no me perdería algo así por nada del mundo!

—¡Bien...! Os va a encantar la ciudad.

El inventor volvió a zambullirse en la contemplación del esquema del enorme reloj de agua. Al arquitecto, sin embargo, le restaba por hacer una consideración.

—Amigo Juanelo... hay algo más que querría pedir. Algo a lo que he venido dando vueltas desde que me llegó la primera carta del arzobispo de Zaragoza.

—Vos diréis.

—Sabéis que me acechan enemigos muy poderosos que conspiran para que caiga sobre mí todo el peso del Brazo Ejecutor del Santo Oficio. Gentes a las que nada les gustaría más que verme agonizar en la hoguera, tras ser condenado a muerte por hereje.

—Lo sé. Muchos de los que estamos aquí, en Toledo, habríamos corrido ya esa suerte de no ser por la decisión del rey Felipe de establecer la libertad de cátedra y conciencia en la ciudad.

—En mi caso, esa inquina procede de los años en que me aficioné a estudiar en libros prohibidos y a conocer el

pensamiento de quienes han mantenido una concepción del mundo diferente a la de la Santa Madre Iglesia.

Juanelo había fruncido el ceño y miraba a su amigo con cierta inquietud.

—¿Adónde queréis llegar, exactamente?

Herrera volvió a sentarse en la butaquita.

—En esos años de estudio de lo prohibido, de manera fortuita topé con un secreto verdaderamente inaudito sobre ciertas gentes procedentes de vuestro país, de Italia. Se hacen llamar Lucarni, en honor al primero de ellos, un conde de nombre Lucarno. Son ellos los que se han convertido en mis encarnizados enemigos, los que estarían encantados de danzar sobre mi tumba y esparcir mis cenizas por el fango.

—Nunca me habéis contado ese secreto.

—¡Ni os lo contaré jamás, Juanelo! Y dad gracias por ello. Solo lo conoce nuestro señor el rey y fue él, en persona, quien me pidió que me lo llevase a la tumba. A cambio de mi promesa, ha evitado, por el momento, que la Inquisición pueda llegar hasta mí.

—Si no me vais a contar vuestro secreto... ¿qué pretendéis de mí, entonces?

—Que me ayudéis a guardarlo hasta después de mi muerte. No lo revelaré en vida, pues faltaría a mi palabra dada al rey, pero quiero que alguien, algún día, no importa cuándo, pueda desvelar el secreto y enfrentarse así a esos mis enemigos, que yo creo lo son de todo el género humano. Nuestra próxima visita a Zaragoza me ofrece la ocasión para ocultar mi hallazgo de manera segura. Tengo algunas ideas al respecto pero, de nuevo, necesitaría vuestra ayuda. Esta vez es un favor personal el que os pido.

—Contad conmigo, por supuesto.

—¿Sin preguntas?

—Sin preguntas.





VIERNES, 23 DE JUNIO DE 2000



## UNA BIBLIOTECARIA SINIESTRA CON LOS OJOS DE ELIZABETH TAYLOR



Con sus gafitas redondas, vestida de negro y rojo, con encajes y puntillas, el pelo oscuro recogido hacia atrás en una larguísima cola de caballo que permite ver un símbolo japonés tatuado en el lado izquierdo de la base del cuello y las uñas largas, esmaltadas de color antracita, ofrece una imagen inquietante, a medio camino entre ratón de biblioteca y seguidora de un grupo de *heavy-metal*. Algo así como una bibliotecaria siniestra. Y parece tan joven que he dudado en acercarme a ella en busca de ayuda.

—Hola —dice de pronto, alzando la vista hacia mí—. ¿Querías algo?

—Esto... sí. ¿Tú eres la...? O sea... ¿trabajas aquí?

—Claro. ¿Qué voy a hacer, si no, detrás del mostrador?

En ocasiones, me asombra la capacidad que tengo para hacer el ridículo. Tanta, que casi nunca me importa. Pero esta vez sí me importa. Esta vez habría preferido no pasar por tonto.

—Verás... tengo que superar un... una especie de test de personalidad y quería saber si habría algún libro que me pudiese ayudar...

—¿Se trata de una entrevista de trabajo?

—No. No exactamente. Aunque supongo que se le puede parecer. Es una prueba para que me permitan matricularme el próximo curso en el departamento de saxofón del conservatorio. Hay muy pocas plazas y van a hacer una selección.

La bibliotecaria *heavy* me mira con atención por primera vez. ¡Tiene los ojos de color violeta! Mi abuelo decía que solo había una mujer en el mundo con los ojos de color violeta. Una actriz de Hollywood llamada Elizabeth Taylor. Bueno, pues aquí tengo a Elizabeth Taylor II.

—¿Tocas el saxofón? —me pregunta con un interés que parece sincero.

—No. Por eso quiero aprender. Llevo cuatro años estudiando violín. Pero se me da mal.

—Creo que haces lo correcto. El saxofón es un instrumento mucho más... interesante.

Dicho por ella, desde luego que resulta más interesante.

—Vamos a ver qué encontramos —añade.

Teclea unas instrucciones en su terminal a velocidad de vértigo y señala, a continuación, la zona de estanterías.

—En el tercer pasillo, a la derecha, cuarto nivel. *Preparación de cástings y entrevistas para empleos artísticos*. Editorial Playor.

—Gracias —digo, memorizando las instrucciones.

—¿Lo vas a consultar aquí o piensas llevártelo?

—Tendría que llevármelo.

—Si me dejas tu carnet de la biblioteca, te voy haciendo la ficha.

—Bien.

20

Le dejo mi carnet y voy en busca del manual. Durante más de cinco minutos examino sin éxito la zona indicada. Sabía que me iba a pasar algo así. Por fin, derrotado y con las manos vacías, regreso al mostrador.

—Perdona pero no encuentro el libro. ¿Me puedes ayudar?

Ella mira a su alrededor.

—Esto no suele hacerse, pero... la verdad es que ahora no hay apenas trabajo. Anda, vamos.

Cuando sale de detrás del mostrador veo que lleva pantalones de cuero negro, tan ajustados que gimen como un inquilino del purgatorio con cada uno de sus pasos. Y calza sandalias de tacón alto, a pesar de lo cual resulta algo más baja que yo. Con paso decidido, me guía hasta el quinto pasillo y repasa una de las estanterías del segundo nivel.

—Aquí lo tienes.

—Claro. ¡Qué tonto! Tercer pasillo, izquierda, cuarto nivel. Estaba clarísimo.

—¿Insinúas algo? —me dice, con una sonrisa malévola.

—No, nada... que cada vez estoy más torpe. Debe de ser cosa de la edad.

—Ya lo veo. Menos mal que me has pillado en un buen día. Normalmente no hago servicios... personales.

O estoy viendo visiones o la bibliotecaria siniestra está intentando ligar conmigo.

Regresamos al mostrador. Ella aporrea el teclado del ordenador durante unos segundos. De repente, se detiene y alza en la mano mi carnet de la biblioteca.

—Lo tienes caducado desde hace dos años, amigo Nicolás.

—¡Oh, no...!

—Lo siento. Sin un carnet en vigor no te puedes llevar el libro.

—Es una verdadera contrariedad porque contaba con el fin de semana para preparar la entrevista. Y digo... ¿No sería posible... no sé... renovarme el carnet ahora mismo, aunque fuera de manera provisional?

—Imposible.

Y se me queda mirando. Ahora ya está claro: definitivamente, está intentando ligar conmigo. Lo veo y no lo creo, mientras muestro mi expresión más consternada.

—Vaya por Dios... El caso es que... estaba pensando si... si existirá la posibilidad de sobornarte de algún modo.

—Supongo que sí —responde ella, muy seria—. Todos tenemos un precio. Pero no pretenderás que sea yo misma la que te lo indique. Tendrás que intentarlo tú solito.

—Vaya papeleta... —digo.

Esto se está convirtiendo en un combate de esgrima. Ataca ella.

—Estoy ansiosa por escuchar tu oferta.

Ataco yo, buscando el costado.

—¿Qué tal si me dejas invitar a tomar una cerveza? Por la hora que es, supongo que estáis a punto de cerrar.

Ella ríe. Táctica de distracción.

—Dejarte invitar, ¿eh?

—Mujer, te invitaría yo pero ya sabes que soy solo un pobre músico. Menos aún: un pobre aprendiz de músico. ¡Qué digo! Un pobre aspirante a aprendiz de músico que ni siquiera logrará plaza en el conservatorio sin tu ayuda. Tú, en cambio, eres toda una funcionaria amparada por una nómina. Lo más justo es que yo ponga la intención y tú, la pasta, ¿no crees?

Ella afila la mirada. Los ojos violeta son ahora como un horizonte lejano y estereoscópico. Un mar de promesas.

—Sinceramente, me parece una oferta imposible de rechazar —dice, de pronto—. Pero yo también te pongo una condición.

—¿Cuál?

—Te renuevo el carnet y te puedes llevar tu libro. Pero quiero que elijas otros tres.

—¿Otros tres libros? ¿Por qué?

—Porque así aumentaré el número de préstamos y porque... quiero conocerte mejor antes de invitarte.

—Entiendo. Y piensas que los libros que elija te darán pistas sobre mí.

—Exacto.

A mi derecha, veo el carro de las devoluciones, con todos los ejemplares que se han entregado a lo largo de esa tarde, pendientes de reintegrar a sus lugares respectivos. Me acerco y cojo los tres más cercanos. Sin siquiera leer los títulos, se los entrego.

—Me llevo estos.

La chica me mira. Por fuera se ha quedado seria pero yo creo que sonrío por dentro.

—Eso no vale, listillo.

—Claro que vale. Esos son los tres libros que he escogido. Puedes sacar tus conclusiones.

Mueve la cabeza ligeramente, antes de acceder.

Toma de nuevo mi carnet y, supongo, teclea mi número de socio en la base de datos. Introduce o altera algunas de las celdas. De pronto, se detiene. Algo parece llamar su atención. Incluso me mira un instante con el ceño fruncido, aunque vuelve de inmediato la vista hacia la pantalla del monitor cuando descubre que yo también la estoy observando.

Treinta segundos más tarde, toma mis cuatro libros y los pasa por el lector de códigos de barras.

—Tu carnet provisional, Nicolás Martín. Firma aquí. El definitivo estará en diez días. Los libros tienes que devolverlos antes de dos semanas.

—Muchas gracias, señorita. Entonces... ¿nos vamos?

Se levanta. Me mira de modo indescifrable.

—Espérame aquí. Voy a fichar y a buscar mi bolso. Son cinco minutos.

Diez minutos más tarde, cuando una señora de edad avanzada abandona la sala de lectura, veo que me he quedado completamente solo. Y la bibliotecaria, a la que ni siquiera le he preguntado el nombre, sin volver. Claro que, su-

pongo, el tiempo en el mundo de los bibliotecarios debe de tener una dimensión radicalmente distinta a la del resto de los seres humanos.

Otros cinco minutos después, se apagan las luces. Solo permanecen encendidas las de emergencia. Un tanto extraño, me acerco a la puerta por la que desapareció la misteriosa bibliotecaria de tacones de aguja y tatuaje japonés. Da acceso a una sala dividida en ocho puestos de administrativo. Una mujer vestida con una bata azul claro está haciendo la limpieza. Sulfatando los flexos con Cristasol.

—Perdone...

—¡Aaah...! —grita—. ¡La Virgen del Pilar, qué susto! ¿Se puede saber qué narices haces aquí, chico? La biblioteca ya ha cerrado.

—Es que... estoy esperando a la señorita.

—¿Qué señorita?

—La que estaba ahí fuera. Morena, de pelo largo. Con gafas.

—Ah, ya... La bibliotecaria nueva. Hace diez minutos que se ha marchado.

De repente, me siento como un idiota.

—¿Se ha... marchado?

—Sí. He visto cómo fichaba, cogía su bolso y salía por la puerta de empleados.

Estupendo.

Con mis cuatro libros bajo el brazo, aún doy un par de vueltas por los alrededores del edificio de la biblioteca, con la esperanza de que ella me esté esperando muerta de risa en una esquina. Pero no. Sin rastro de los ojos violeta. Sin rastro del tatuaje japonés.

Reconozco que estoy desconcertado. La chica era mona, eso no se puede negar. Menudita pero mona. Monísima, en

realidad. Pero, vaya, tampoco como para invertir en Bolsa con ella. ¿O sí? Vamos, que Malva, por ejemplo, la supera en todos los terrenos, creo yo: más guapa, más alta, mejor tipo... y pese a que la bibliotecaria no parecía precisamente tonta, seguro que Malva también es más inteligente. En cuanto al carácter, conozco bien a Malva y sé que lo tiene... difícil. Pero la bibliotecaria no se queda atrás. De nuestro primer encuentro he salido trasquilado. Aunque, eso sí, me ha encantado eso de que intentase ligar conmigo tan descaradamente. A veces, tengo la sensación de que tomar la iniciativa a la hora de ligar fuera obligación nuestra. De los chicos, quiero decir. Y es algo que me estresa.

Al final, la verdad es que me siento fatal. Como un pardillo bobalicón. Me ha tomado el pelo. Me ha dejado aquí tirado sin la menor explicación. No es que me hubiese hecho ilusiones, pero... vaya, quizá sí. Me pregunto si yo alguna vez le habré hecho algo así a una chica: dejarla pensar que sí, que me interesa, y luego largarme sin decir ni mu. Yo creo que no, aunque... vaya, espero que no porque uno se siente francamente mal. Yo, al menos, me lo había tragado. Soy un memo, está visto.

Cuando llego a casa son casi las nueve. Tengo que ducharme porque a las diez he quedado con Malva, Max y otros de clase en la plaza de San Felipe. Es la noche de san Juan y vamos a saltar hogueras.

Las nueve y veinticinco. Voy a dejarme secar el pelo al aire porque hace un bochornazo insoportable y si me doy con el secador se me van a poner las orejas como salmone-tes. ¡Qué calor! Y el caso es que para esto de las hogueras hay que ponerse pantalón largo porque si no se te socarran los pelos de las pantorrillas.

Las diez menos cuarto. La condenada bibliotecaria me ha dejado como para saltar hogueras. Maldita sea, no me la puedo quitar ni un minuto de la cabeza. ¿Y si me la encuentro por la calle? ¿Qué hago? ¿Qué le digo?

El lunes tengo que volver allí, a la biblioteca, y pedirle explicaciones. Está decidido.

¿Qué hago? ¿Me pongo calzoncillos?

He oído que ahora está de moda ir sin calzoncillos pero, la verdad, a mí me resulta incomodísimo.

¡Anda! ¿Qué es eso?

Ahora veo que hay algo que sobresale de uno de los libros que he traído de la biblioteca. De uno de los tres que he cogido al azar. Del más grueso, que tiene una encuadernación antigua y un título larguísimo, de esos que ya no se estilan:

## Compendio de estudios sobre la vida y la obra de Diego de Sagredo.

Y debajo, con letra más pequeña:

Y de algunos otros alumnos del señor Juan de Herrera.

26 Al pie de la portada veo que está editada en MCMLVIII por la Universidad de Alcalá de Henares.

Al llegar a casa he arrojado los cuatro libros sobre mi cama, sin mucho cuidado. Y, con ese gesto, ha surgido de entre las hojas de este una tarjeta o algo similar... En un primer momento he pensado que podía tratarse de un marcapáginas, pero... a ver... No, es una cartulina de esas que se usan para las fichas bibliográficas, del tamaño de una octavilla con varias rayitas horizontales, roja la primera y gris muy clarito las demás.

A lo mejor es un mensaje de la bibliotecaria. No, no es posible. No ha tenido ocasión de introducirlo en el libro sin que yo la viera... ¿o sí? Quizá en un descuido...

Saco la cartulina. Contiene un mensaje escrito con pluma. Letra inglesa, preciosa. Tinta estilográfica verde oscuro. Solo dos líneas.

*Celiades, no acudas a tu cita esta  
medianoche o eres hombre muerto.*